

Alabé á las academias y á sus ilustres fundadores, y repetiré con gusto el elogio. Cuando el mal es incurable, el médico aplica paliativos y proporciona los remedios menos á las necesidades que al temperamento del enfermo. Corresponde á los legisladores sabios imitar su prudencia, y no pudiendo proporcionar á los pueblos enfermos la más excelente política, darles al menos, como Solón, la que mejor puedan soportar.

Hay en Europa un gran príncipe, y lo que vale más, un virtuoso ciudadano, quien, en la patria que ha adoptado y que hace feliz, acaba de formar varias instituciones en favor de las letras (37). Hace en esto una cosa muy digna de su sabiduría y de su virtud. Cuando se trata de establecimientos políticos, el tiempo y el lugar son los que deciden de todo. Es preciso, para sus propios intereses, que los príncipes favorezcan siempre las ciencias y las artes (ya he dicho la razón), y en el estado presente de las cosas, es preciso hasta que las favorezcan en interés mismo de los pueblos. Si hubiese actualmente entre nosotros algún monarca bastante limitado para pensar y obrar de diferente manera, sus súbditos permanecerían pobres é ignorantes y no serían menos viciosos. Mi adversario ha descuidado el sacar ventaja de un ejemplo tan sorprendente y tan favorable en apariencia á su causa; acaso es él sólo quien lo ignora ó quien no ha pensado en ello. Sufra, pues, que se lo recuerde; no rehuse á grandes cosas los elogios que les son debidos; admírelas como yo y no se mantenga más fuerte contra las verdades que ataca.

ULTIMA RESPUESTA A BORDES (38)

Ne, dum facemus, non veredundix sed diffidentix causa tacere videamur.
CIPRIANO, *Contra Demetrium.*

Con extremada repugnancia entretengo con mis disputas á los lectores ociosos, que se cuidan muy poco de la verdad; pero la manera como acaba de ser atacada me obliga á tomar su defensa una vez más, á fin de que mi silencio no sea tomado por la multitud por una confesión de impotencia ni por desdén hacia los filósofos. Es preciso que me repita, lo comprendo, y el público no me lo perdonará. Pero los sabios dirán: «Este hombre no necesita buscar nuevas razones, y ello es una prueba de la solidez de las suyas» (39).

Como aquellos que me atacan no dejan nunca de apartarse de la cuestión y de suprimir las distinciones esenciales que propuse, es necesario siempre comenzar por traerlos á ella. He aquí, pues, un sumario de las proposiciones que he sostenido y que sostendré siempre, pues no consultaré otro interés que el de la verdad.

Las ciencias son las obras maestras del genio y de la razón. El espíritu de imitación ha producido las bellas artes, y la experiencia las ha perfeccionado. Somos deudores á las artes mecánicas de

un gran número de invenciones útiles, que han añadido á los encantos y á las comodidades de la vida. He aquí verdades en las que yo convengo de muy buena gana seguramente. Pero consideremos ahora todos estos conocimientos con relación á las costumbres (40).

Si inteligencias celestes cultivasen las ciencias, no resultaría de ello más que bien, y digo otro tanto de los grandes hombres que las han cultivado para guiar á los demás. Sócrates, sabio y virtuoso, fué el honor de la humanidad; pero los vicios de los hombres vulgares envenenan los más sublimes conocimientos y los hacen perniciosos á las naciones: los malos sacan de ellos muchas cosas nocivas, y los buenos sacan poca ventaja. Si otro, que no hubiese sido Sócrates, se hubiera vanagloriado de ser filósofo en Atenas, la sangre de un justo no habría gritado venganza contra la patria de las ciencias y de las artes (41).

Cuestión sujeta á examen es la de saber si sería ventajoso á los hombres poseer la ciencia, suponiendo que lo á que ellos dan este nombre lo merezca en efecto, pero es una locura pretender que las quimeras de la filosofía, los errores y las mentiras de los filósofos, puedan nunca ser buenas para nada. ¿Seremos siempre engañados con palabras, y no comprenderemos jamás que estudios, conocimientos, saber y filosofía, no son más que vanos simulacros elevados por el orgullo humano é indignos en grado sumo del nombre pomposo que se les da?

A medida que el gusto por estas simplezas se extiende en una nación, piérdese el de las sólidas

virtudes, porque cuesta menos distinguirse por la cháchara que por buenas costumbres, y se queda dispensado de ser hombre de bien siempre que se sea un hombre agradable.

Cuanto más se corrompe el interior, más el exterior se compone (42). Así es como la cultura de las letras engendra insensiblemente la cortesía. El buen gusto nace también del mismo origen. Siendo la aprobación pública el primer premio de los trabajos literarios, es natural que aquellos que se ocupan en ellos reflexionen sobre los medios de agradar, y estas reflexiones son las que á la larga forman el estilo, depuran el gusto y extienden por todas partes la gracia y la urbanidad. Todas estas cosas serán, si se quiere, el suplemento de la virtud, pero jamás se podrá decir que sean la virtud, y rara vez se asociarán á ella. Habrá siempre entre ambas cosas la siguiente diferencia: que el que se hace útil, trabaja para los demás, y el que no piensa más que en hacerse agradable, sólo trabaja para sí. El adulador, por ejemplo, no economiza ningún cuidado para agradar, y, sin embargo, no hace más que mal.

La vanidad y la ociosidad que han engendrado nuestras ciencias, han engendrado también el lujo. El gusto del lujo acompaña siempre al de las letras, y el gusto de las letras acompaña con frecuencia al del lujo (43). Ambas cosas son fieles compañeras, porque son obra de los mismos vicios.

Si la experiencia no concuerda con estas proposiciones demostradas, será preciso buscar las causas de esta contradicción. Pero si la primera idea de estas proposiciones ha nacido de una larga

meditación sobre la experiencia, para ver hasta qué punto la experiencia las confirma, bastará abrir los anales del mundo.

Los primeros hombres fueron muy ignorantes. ¿Cómo se atreve nadie á decir que estaban corrompidos en tiempos en que las fuentes de la corrupción no se habían abierto aún?

A través de la obscuridad de los antiguos tiempos y la rusticidad de los antiguos pueblos, se observa en algunos de ellos grandes virtudes, sobre todo una severidad de costumbres que es una señal infalible de su pureza, la buena fe, la hospitalidad la justicia, y lo que es muy importante, un gran horror á la disolución (44), madre fecunda de todos los demás vicios. La virtud no es, pues, incompatible con la ignorancia.

No quiero decir que sea siempre su compañera, porque varios pueblos muy ignorantes han sido y son muy viciosos. La ignorancia no es un obstáculo ni al bien ni al mal: es solamente el estado natural del hombre (45).

No podrá decirse otro tanto de la ciencia. Todos los pueblos sabios han sido corrompidos, y este es ya un terrible prejuicio contra ella. Pero como las comparaciones de pueblo á pueblo son difíciles, y es preciso hacer entrar en ellas un gran número de objetos, lo que hace que falte siempre exactitud por algún lado, es mucho más seguro lo que se logra siguiendo la historia de un mismo pueblo y comparando los progresos de sus conocimientos con las revoluciones de sus costumbres. Ahora bien: el resultado de este examen es que el gran tiempo, el tiempo de la virtud de cada pue-

blo, ha sido el de su ignorancia, y que á medida que se ha hecho sabio, artista y filósofo, ha perdido la probidad de sus costumbres, y ha descendido en este respecto al rango de las naciones ignorantes y viciosas, que son la vergüenza de la humanidad. Si se persiste en buscar diferencias, puede reconocer una, y hela aquí: que todos los pueblos bárbaros, aun aquellos que carecen de virtud, honran siempre, sin embargo, la virtud, al contrario de los pueblos sabios y filósofos, que, á fuerza de progreso, consiguen al fin hacerla ridícula y despreciable. Cuando una nación llega una vez á este punto, puede decirse que la corrupción alcanza su colmo y que no cabe esperar remedios.

Tal es el sumario de los conceptos que he adelantado y de que creo haber dado las pruebas. Veamos ahora el de la doctrina que se me opondrá.

«Los hombres son malos naturalmente; han sido tales antes de la formación de las sociedades; y en todas las partes á que las ciencias no han llevado su luz, los pueblos abandonados á las solas *facultades del instinto*, reducidos, como los leones y los osos, á una vida puramente animal, han permanecido sumergidos en la barbarie y en la miseria.»

«Grecia sólo, en los antiguos tiempos, pensó y se elevó por el talento á todo lo que puede hacer á un pueblo recomendable. Los filósofos formaron sus costumbres y le dieron leyes.»

«Esparta, es verdad, fué pobre é ignorante por tradición y por elección, pero sus leyes tenían grandes defectos, sus ciudadanos una gran inclinación á dejarse corromper, su gloria fué poco

sólida, y perdió bien pronto sus instituciones, sus costumbres y sus leyes.»

«Atenas y Roma degeneraron también. La una cedió á la fortuna de Macedonia, y la otra sucumbió bajo su propia grandeza, porque las leyes de una pequeña ciudad no eran idóneas para gobernar al mundo. Si ha sucedido alguna vez que la gloria de los grandes imperios no haya durado largo tiempo con la de las letras, es que estaban en su apogeo cuando las letras fueron cultivadas en ellos y es que el destino de las cosas humanas ha consistido siempre en no durar mucho tiempo en el mismo estado. Concediendo, pues, que la alteración de las leyes y de las costumbres haya influido sobre esos magnos acontecimientos, no por ello se podría convenir en que las ciencias y las artes hayan contribuido á la alteración, y se debe observar, por el contrario, que el progreso y la decadencia de las letras está siempre en proporción con la fortuna y la decadencia de los imperios.»

«Esta verdad se confirma por la experiencia de los últimos tiempos, en que se ve en una monarquía, vasta y poderosa, la prosperidad del Estado, la cultura de las ciencias y de las artes y la virtud guerrera concurrir á la vez á la gloria y á la grandeza del imperio.»

«Nuestras costumbres son las mejores que se pueden tener; varios vicios han sido proscritos de entre nosotros; los que nos quedan pertenecen fatalmente á la humanidad, y las ciencias no han tomado parte alguna en ellos.»

«El lujo nada tiene de común con los mismos, y así, los desórdenes que puede causar no deben

serle atribuídos. Además, el lujo es necesario en los grandes Estados, pues hace más bien que mal, siendo útil para ocupar á los ciudadanos ociosos y dar pan á los pobres.»

«La cortesía debe ser más bien contada en el número de las virtudes que en el de los vicios, por cuanto impide á los hombres presentarse tales como son: precaución necesaria para que se hagan soportables los unos á los otros.»

«Las ciencias rara vez alcanzan el fin que se proponen, pero al menos lo intentan. El que se avance á pasos lentos en el conocimiento de la verdad, no impide que se haga algún progreso.»

«En fin, aun cuando fuere cierto que las ciencias y las artes aminoran el valor, los bienes infinitos que ellas nos procuran, ¿no serían siempre preferibles á esa virtud bárbara y feroz que hace estremecer á la humanidad?» Paso por alto la inútil y pomposa revista de tales bienes, y para comenzar sobre este último punto por una confesión propia para prevenir al lector contra toda charla, declaro una vez para siempre que si algo puede compensar la ruina de las costumbres, estoy dispuesto á convenir en que las ciencias hacen más bien que mal. Vengamos ahora al resto.

Yo podría, sin mucho riesgo, suponer probado todo lo que el autor dice, puesto que, de tantos asertos tan atrevidamente avanzados, hay muy pocos que toquen al fondo de la cuestión, y menos aún se puede sacar de ellos, contra mi sentir, alguna conclusión valedera, fuera de que la mayor parte de ellos suministrarían nuevos argumentos en mi favor, si es que mi causa los necesita.

En efecto, si los hombres son malos por naturaleza, puede suceder, si se quiere, que las ciencias produzcan algún bien entre sus manos; pero es muy cierto que harán mucho más mal: no se puede dar armas á los furiosos.

Si las ciencias alcanzan rara vez su fin, habrá siempre, en su cultivo, mucho más tiempo perdido que tiempo bien empleado. Y aun cuando fuese cierto que hubiéramos hallado los mejores métodos, la mayor parte de nuestros trabajos serían aún tan ridículos como los de un hombre que, muy seguro de seguir exactamente la línea perpendicular, quisiera sumir perpendicularmente un pozo hasta el centro de la tierra.

No hay por qué asustarse tanto de la vida puramente animal, ni considerarla como el peor estado en que podamos caer, porque valdría más parecerse á una oveja que á un ángel malo.

Grecia fué deudora de sus costumbres y de sus leyes á filósofos y á legisladores. Lo sé. Ya he dicho cien veces que es bueno que haya filósofos, por cuanto que el pueblo no lo es.

No atreviéndose á adelantar que Esparta no tenía buenas leyes, el autor reprueba en las leyes de Esparta el haber tenido grandes defectos; de suerte que, para redargüir á los reproches que hago á los pueblos sabios de estar siempre corrompidos, se acusa á los pueblos ignorantes de no haber alcanzado la perfección.

El progreso de las letras está siempre en proporción con la grandeza de los imperios. Sea. Veo que se me habla siempre de fortuna y de grandeza. Yo hablo de costumbres y de virtud.

Nuestras costumbres son las mejores que hombres malos como nosotros pueden tener: eso tal vez. Hemos proscrito varios vicios: no diré lo contrario. No acuso á los hombres de este siglo de tener todos los vicios, pues no tienen más que los de las alma flojas, y son solamente embusteros y pícaros. En cuanto á los vicios que suponen valor y firmeza, los creo incapaces de ellos.

El lujo puede ser necesario para dar pan á los pobres, pero si no hubiera lujo, no habría pobres (46). Ocupa á los ciudadanos ociosos. ¿Y por qué hay ciudadanos ociosos? Cuando la agricultura era un honor, no había miseria ni ociosidad, y existían muchos menos viciosos.

Veo que se tiene en bastante esta causa del lujo, y que se finge, sin embargo, querer separar de él á las ciencias y á las artes. Convendré, pues, ya que se lo quiere tan absolutamente, en que el lujo sirva al sostén de los Estados, como las cariátides sirven á sostener los palacios que decoran, ó más bien, como esas vigas con que se apuntalan los edificios podridos y que á menudo acaban por derribarlos. Hombres sabios y prudentes, salid de toda casa que se apuntala.

Esto puede demostrar cuán fácil me sería volver en mi favor la mayor parte de las cosas que se me pretenden oponer, pero hablando francamente no las encuentro lo bastante bien probadas para tener la osadía de valerme de ellas.

Se adelanta que los primeros hombres fueron malos, de donde se infiere que el hombre es malo naturalmente (47). Esto no es una aserción de importancia ligera, y me parece que bien valía la

pena que se la probase. Los anales de todos los pueblos que se citan en prueba de ella, son mucho más favorables á la suposición contraria, y se requerirían muchos testimonios para hacerme creer en un absurdo. Antes que esas palabras horribles de *tuyo* y *mío* fuesen inventadas; antes que existiese esa especie de hombres crueles y brutales, que se llaman amos, y esa otra especie de hombres pícaros y mentirosos, que se llaman esclavos; antes que hubiese hombres lo bastante abominables para atreverse á poseer lo superfluo, en tanto que otros hombres se mueren de hambre; antes que una dependencia mutua les obligase á todos á convertirse en mentirosos, celosos y traidores, querría que se me explicara en qué podían consistir los vicios, esos crímenes que se les reprochan con tanto énfasis. Se me asegura que hace tiempo que todo el mundo está desengañado de la quimera de la edad de oro. ¿Por qué no añadir que hace tiempo también que está desengañado de la quimera de la virtud?

He dicho que los primeros griegos fueron virtuosos antes que la ciencia les hubiese corrompido, y no quiero retractarme en este punto, aunque mirándolo de más cerca, no dejo de desconfiar de la solidez de las virtudes de un pueblo tan charlatán, ni de la justicia de los elogios que tanto gustaba prodigarse, y que no veo confirmados por ningún otro testimonio. ¿Qué se me opone á esto? Que los primeros griegos, cuya virtud he alabado, eran ilustrados y sabios, puesto que los filósofos formaron sus costumbres y les dieron leyes. Pero con esta manera de razonar, ¿quién me impedirá decir

otro tanto de todas las demás naciones? ¿Por ventura no han tenido los persas sus magos, los asirios sus caldeos, los indios sus gimnosofistas, los celtas sus druidas? ¿No ha brillado Mosco entre los fenicios, Atlas entre los libios, Zoroastro entre los mazdeos, Zamolxis entre los tracios? ¿Y acaso no son varios los que han pretendido que la filosofía había nacido entre los bárbaros? ¿Eran, pues, sabios todos estos pueblos? «Al lado de los Milciades y de los Temístocles, se hallaban (me dicen) los Aristides y los Sócrates.» Al lado, si se quiere, pues ¿qué me importa? Sin embargo, Milciades, Aristides y Temístocles, que eran héroes, vivían en un tiempo, Sócrates y Platón, que eran filósofos, vivían en otro, y cuando se comenzó á abrir escuelas públicas de filosofía, Grecia, envilecida y degenerada, había ya renunciado á la virtud y vendido su libertad.

«La soberbia Asia vió destrozadas sus innumerables fuerzas por un puñado de hombres cuya filosofía les conducía á la gloria». Es verdad: la filosofía del alma conduce á la verdadera gloria; pero ésta no se aprende en los libros. «Tal es el infalible efecto de los conocimientos del espíritu». Ruego al lector esté atento á esta conclusión: las costumbres y las leyes son el único origen del verdadero heroísmo; las ciencias, pues, ¿nada tienen que hacer aquí? «En una palabra: Grecia lo debió todo á las ciencias, y el resto del mundo lo debió todo á Grecia.» Ni Grecia ni el mundo debieron, pues, nada á las leyes y á las costumbres. Pido perdón á mis adversarios, pero no hay medio de pasarles tales sofismas.

Examinemos un momento más esa preferencia que se pretende dar á Grecia sobre todos los demás pueblos y de la que parece que se ha hecho un punto capital. «Admiraré, si se quiere, á pueblos que pasen su vida en la guerra ó en los bosques, que se acuesten en la tierra y que se alimenten de legumbres». Esta admiración es, en efecto, muy digna de un verdadero filósofo: tan sólo al vulgo ciego y estúpido pertenece y corresponde admirar á los que pasan su vida, no en defender su libertad, sino en robarse y traicionarse mutuamente, para satisfacer su molicie ó su ambición, y que se atreven á alimentar su ociosidad con el sudor, la sangre y los trabajos de un millón de desgraciados. «Pero ¿es entre esos hombres groseros donde se irá á buscar la felicidad?» Se la buscaría entre ellos con mucha más razón que la virtud entre los otros. «¿Qué espectáculo nos presentaría el guerrero humano compuesto únicamente de labradores, soldados, cazadores y pastores?» Un espectáculo infinitamente más hermoso que el del género humano compuesto de cocineros, poetas, impresores, plateros, pintores y músicos. No hay más que la palabra *soldado* que sea preciso borrar del primer cuadro. La guerra es algunas veces un deber y no está hecha para ser un oficio. Todo hombre debe de ser soldado para la defensa de su libertad; ninguno debe serlo para invadir la de otro, y morir sirviendo á la patria es un empleo muy bello para confiarlo á mercenarios. «¿Es preciso, pues, para ser dignos del nombre de hombres, vivir como los leones y los osos?» Si tengo la dicha de encontrar un sólo lector imparcial y ami-

go de la verdad, le suplico eche una mirada sobre la sociedad actual, y observe en ella quiénes son los que viven entre sí como los leones y los osos, como los tigres y los cocodrilos. «¿Eregiránse en virtudes las facultades del instinto para alimentarse, perpetuarse y defenderse?» Son virtudes, no hay duda, cuando están guiadas por la razón y sabiamente ordenadas, y, sobre todo, son virtudes cuando se emplean en la asistencia á nuestros semejantes. «No veo aquí más que virtudes animales, poco conformes con la dignidad de nuestro ser. El cuerpo estará ejercitado, pero el alma, esclava, no hará más que debilitarse y languidecer». Yo diría, con gusto, recorriendo las fastuosas investigaciones de nuestras academias: no veo aquí más que ingeniosas sutilezas, poco conformes con la dignidad de nuestro ser; el espíritu está ejercitado, pero el alma esclava no hace más que debilitarse y languidecer. «Quitad las artes del mundo, nos dicen también, y ¿qué queda en él? Los ejercicios del cuerpo y las pasiones.» ¡Ved, os ruego, cómo la virtud y la razón continúan siendo olvidados! «Las artes han dado el ser á los placeres del alma, únicos que son dignos de nosotros». Es decir, que estos han sustituido á los otros, á los de hacer bien, mucho más dignos de nosotros aún. Penétrese el espíritu de todo esto, y se advertirá en los razonamientos de la mayor parte de mis adversarios un entusiasmo tan marcado por las maravillas del entendimiento, que esa otra facultad, infinitamente más sublime y capaz de elevar y de ennoblecer el alma, jamás es tenida en cuenta. He aquí el efecto siempre in-

discutible de la cultura de las letras. Estoy seguro de que no hay actualmente un sabio que no estime mucho más la elocuencia de Cicerón que su celo patriótico, y que no hubiera preferido infinitamente más el haber compuesto las *Catilinarias* que el haber salvado á su país.

El embarazo de mis adversarios es visible siempre que es preciso hablar de Esparta. ¡Qué no darían por que esta fatal Esparta jamás hubiese existido, ellos, que pretenden que las grandes acciones no son buenas más que cuando son celebradas! ¡A qué precio no querrían que las suyas no lo hubiesen sido jamás! ¡Es cosa terrible que en medio de aquella famosa Grecia, que no debía, dicen, su virtud más que á la filosofía, el Estado donde la virtud ha sido más pura y ha durado más tiempo, haya sido precisamente aquél donde no había filósofos! Las costumbres de Esparta han sido siempre propuestas como ejemplo á toda la Grecia: toda la Grecia estaba corrompida, y había aún virtud en Esparta: toda la Grecia era esclava, y Esparta sola era todavía libre: esto es desolador. Pero, en fin, la altiva Esparta perdió sus costumbres y su libertad, como las había perdido la sabia Atenas. Esparta acabó. ¿Qué puedo responder á esto?

Dos observaciones más sobre Esparta y paso á otra cosa. He aquí la primera. «Después de haber estado varias veces á punto de vencer, Atenas fué vencida, es cierto, y sorprendente que no lo haya sido antes, puesto que la Atica era un país completamente abierto y que no podía defenderse más que por la superioridad del

éxito.» Atenas hubiera debido de vencer por toda clase de razones. Era mucho más grande y estaba más poblada que Lacedemonia, tenía grandes rentas y varios pueblos eran tributarios suyos: Esparta no contaba con nada de esto. Atenas, sobre todo por su posición, tenía una ventaja de que Esparta estaba privada, que la puso en estado de asolar varias veces al Peloponeso y que debía asegurar el imperio de Grecia. Esta ventaja, era un puerto vasto y cómodo, con más una marina formidable de que era deudora á la previsión del «rústico» Temístocles, que no sabía tocar la flauta. Podría, pues, sorprender que Atenas, con tantas ventajas, haya sucumbido al fin. Pero, aunque la guerra del Peloponeso, que arruinó á Grecia, no haya hecho honor ni á una ni á otra república, y aunque, sobre todo, haya que echar á la parte de los lacedemonios una infracción de las máximas de su sabio legislador, no hay que admirarse de que, á la larga, el verdadero valor haya predominado sobre los recursos, ni tampoco de que la reputación de Esparta le haya dado varios que le facilitaron la victoria. A la verdad, me avergüenzo de saber estas cosas y de verme obligado á decirlas.

La otra observación no será menos notable. He aquí el texto que creo deber poner á la vista del lector. «Supongamos que todos los Estados de que estaba compuesta Grecia, hubiesen seguido las mismas leyes que Esparta: ¿qué nos quedaría de aquella comarca tan celebrada? Apenas hubiese llegado su nombre hasta nosotros. Habría desdeñado formar historias para transmitir su gloria á la posteridad; el espectáculo de sus bárbaras virtudes hu-